

Fórmula exitosa

Maggie O'Farrell, autora de la multipremiada novela 'Hamnet', bucea en 'El retrato de casada' en una de las dinastías más poderosas de todos los tiempos –y en el lado más oscuro del Renacimiento– a través de la breve vida de Lucrezia, asesinada con apenas 15 años por su marido, el duque de Ferrara.

Lucrezia de Medici, la olvidada

LETICIA BLANCO
Barcelona

Jordi Cotrina



La escritora norirlandesa Maggie O'Farrell, ayer en Barcelona.

también estudió Filología. Que el chico titular pasa apuros económicos y tiene una extracción social baja, como fue el caso de Ernaux, lo que se evidencia en un piso de estudiantes apenas calefaccionado, con el colchón en el suelo, y eso dispara el recuerdo de sus años de estudio y la precariedad de sus primeros años de matrimonio. Y de nuevo encontramos el sentimiento de culpa por su desclasamiento social puesto que la autora, financiando las escapadas que ambos hicieron juntos, estableciendo «una posición dominante», se siente una *burguesa* al lado del chico.

Pero hay más. Desde la ventana de aquel pequeño apartamento, la madura Ernaux de finales de los años 90 ve el hospital donde en 1964 ella misma, estudiante de Filología, fue internada durante una semana a consecuencia de un aborto clandestino, y esas vistas le sir-

«Si no las escribo, las cosas no han llegado a su término, solo las he vivido», alega

«A este libro me he enfrentado viva y muerta a la vez», revela sobre 'El hombre joven'

vieron, como cuenta, de disparadero a la memoria. Poco después ya separada del muchacho escribió *El acontecimiento*, una de sus obras mayores.

Excavar en la contradicción

Significativa es también la manera en la que Ernaux dice vivir esa relación con alguien que podría ser su hijo; de hecho, ella tenía dos hijos de esa edad entonces. La forma en la que, pese a la dificultad, no se esconde y siente absurdo desde la verdad de la relación el reproche de los amigos del muchacho: «¿Cómo puedes salir con una menopáusica?». La idea de maternidad y su opuesto se filtran, ambivalentes, en el texto mientras la autora fantasea con la loca idea de volver a tener hijos. Como siempre, excava en sus contradicciones y vuelve a facturar un texto que –ha dicho–, mucho más que cualquier otra obra suya, es «un precipitado de todo lo que es importante» en sus libros. ■

Hace dos años, Maggie O'Farrell (Coleraine, Irlanda del Norte, 1972) se convirtió en una estrella literaria gracias a la multipremiada *Hamnet*. La novela no solo generó extasiadas (y merecidísimas) alabanzas de la crítica, también encandiló al público de todo el mundo y vendió más de millón y medio de ejemplares. Allí se ocupaba de la historia nunca antes contada del hijo de William Shakespeare, Hamnet, que murió a los 11 años e inspiró *Hamlet*, y de la esposa del genio inglés, un personaje vilipendiado por sus biógrafos.

Ahora vuelve con la muy esperada *El retrato de casada* (Libros del Asteroide / L'Altra) y repite fórmula: también se ocupa de mostrar la cara menos conocida de un apellido mundialmente conocido que emana respetabilidad, los Medici, y lo hace sacando a la luz una historia de vida trágicamente truncada y sepultada en el olvido: la de Lucrezia de Medici. Casada a los 13 con el duque de Ferrara para garantizar la prosperidad y la influencia económica y política de su familia, fue asesinada por su marido un año después, probablemente por no cumplir el principal objetivo de la boda concertada: engendrar descendencia.

Rostro angustiado

O'Farrell recrea con maestría la explosión del Renacimiento: una corte llena de música, lecturas y caprichos como los animales exóticos que fue coleccionando el padre de Lucrezia, el gran duque Cosme de Medici, casado con la española Eleonora Álvarez de Toledo, a quien dejaba gobernar en su ausencia. «En sus cartas mencionan poco a Lucrezia. Dicen que no hace los deberes, que se distrae demasiado y que vive en sus ensañaciones. La favorita era su hermana Isabella», explica O'Farrell. De Lucrezia (1545-1561), Lucre para los lectores, apenas ha quedado rastro. Hay un retrato de Bronzino realizado un año antes de su muerte que se expone en un museo de Carolina del Norte. «No es como la mayoría de retratos de la época –confiesa O'Farrell–, su rostro está angustiado, como si tuviera algo que decir. Fue verlo y querer contar la historia que tal vez ella habría querido explicar».

La novela recrea la vida familiar de una de las dinastías más famosas del Renacimiento y la breve vida de

zada en su noche de bodas –«una de las escenas que más me ha costó escribir»– y asfixiada por las intrigas de una salvaje encrucijada político-doméstica. Lo que hoy llamaríamos un *gaslighting* de manual.

Belleza y brutalidad

«Cuando pensamos en el Renacimiento imaginamos una época de belleza y educación, pero hay una parte mucho más oscura», reflexiona O'Farrell. «Los Médici fueron una institución, sin ellos no tendríamos tantas pinturas y esculturas, la obra de Miguel Ángel... Pero si miras la política de cerca, nunca es limpia. Siempre hay un lado oscuro, en cualquier época». Para la escritora, «el Renacimiento es una dicotomía de belleza y brutalidad» en la que se educaba a los dirigentes para

«Durante el covid, sentí un gran alivio por estar escribiendo un libro ambientado en el pasado», revela

ser «implacables y crueles». «Enrique VIII tuvo seis esposas. No las mató con sus propias manos, pero contrató a alguien para que les cortaran la cabeza, tampoco hay mucha diferencia», apunta.

Con esta, O'Farrell lleva dos novelas históricas encadenadas. ¿Se ha vuelto el presente aburrido? «¡Para nada! ¿Sabe el proverbio chino que dice: 'Ojalá vivas tiempos interesantes'? Creo que vivimos tiempos definitivamente demasiado interesantes», bromea. «Pero durante el confinamiento sentí un gran alivio por estar escribiendo una novela ambientada en el pasado. Sobre todo en los momentos en los que no sabía si íbamos a superar la pandemia», confiesa la autora, que tiene una cita importante este abril: el estreno en Stratford-upon-Avon, de la mano de la Royal Shakespeare Company, de la adaptación teatral de *Hamnet*. «Escribí esa novela porque los libros de historia apenas dedican dos líneas a hablar del hijo de Shakespeare. Que ahora ese niño vaya a estar encima de un escenario en la ciudad donde nació y murió es muy especial para mí», concluye. ■

«Fue ver su retrato y querer contar la historia que tal vez ella habría querido explicar», subraya

Lucrezia, de quien se dijo que murió de «fiebre pútrida» (así se llamaba a la tuberculosis), aunque la sospecha del envenenamiento siempre planeó sobre el frío y maquiavélico Alfonso. «El padre de Lucrezia envió a un médico para hacer una segunda autopsia, pero cuando llegó a Ferrara ya estaba enterrada. Contrató a un espía y Alfonso estaba preocupado por las posibles represalias. Son pistas sólidas que apuntan a la culpabilidad», señala O'Farrell, que retrata con empatía la soledad y desesperación de una adolescente culta y brillante, enviada lejos de casa como moneda de cambio, aterrori-